

VASIJA

Un cuento en siete capítulos

FIN

Indolente, atravesó el maizal abriéndose paso entre la afilada hojarasca con las manos ensangrentadas. No importaba. Ya nada tenía valor porque nadie jamás le creería. Lo había visto todo. Ella estaba muerta. Un sentimiento contradictorio nubló su mente empujándole a correr y no pensar. La ropa se rasgó a su avance como si garras de funesto vegetal trataran de arrancársela en jirones. No conseguía borrar de su cabeza los ojos de Aquello de lo que huía. Esas pupilas de animal que le penetraron en el preciso instante en que ocurrió. El reflejo de su propio rostro en la mirada de aquella especie de aparición hirsuta, persistía con macabra crueldad en su recuerdo.

Epílogo. No me gustan las historias en primera persona. No las consiento. No las tolero porque no las digiero y termino vomitando finales predecibles en epílogos decepcionantes. Marrones. Brown. Trabajo dentro de un muñeco que hace reír a los niños. Vivo dentro de una piel que cubre otra piel que cubre mi cuerpo que envuelve mi alma que tapa mi ser. He perdido la cuenta de las capas que me rodean. Yo ya no soy yo. Sin el resto de personas que te conocen, que te definen, que te recuerdan, uno pierde toda identidad. Trabajo dentro de un títere que hace feliz a los niños y en su interior, cubierto por sus sonrisas, tratando de encontrarme a mí mismo... a veces lloro.

Dio unos pasos tambaleantes. Desorientado. A noventa metros Él pudo distinguir un pequeño cobertizo semiderruido que determinaba el centro exacto de la plantación. Equidistante de ningún sitio y a medio camino de todas partes. Cuando enfiló el angosto sendero hacia la puerta tomó conciencia de que tenía la ropa destrozada. Harapos de tela colgaban por doquier. Estaba prácticamente desnudo. Sin abrigo y empapado. No podía detenerse. Un sonido a su espalda confirmó toda sospecha. Aquello de lo que huía, ese ser antinatural e infrahumano estaba cada vez más cerca. Sintió cómo los tallos de maíz crujían en algún lugar no muy lejano. El aire se impregnó del hedor dulce de la muerte.

Capítulo siete. Te levantas. Desayunas. Te duchas. Te vistes y te marchas. Pero nadie te conoce. Nadie te saluda porque nadie te identifica. Nadie sabe quién eres. Tus amigos. Tu familia. Tus vecinos. No te recuerdan. No saben nada de ti. Sin su memoria. Sin su conciencia. Sin sus relaciones. Sin Ello no eres nada. Y sin embargo... te sientes solo.

Empujó con todas sus fuerzas la pesada puerta de madera putrefacta. Una vez dentro, Él se apresuró a condenar de nuevo la entrada. Apenas unos centímetros fueron suficientes. En el preciso instante en que encajaba el portón, algo llamó su atención a través de la delgada abertura. Al otro lado, en el exterior, el vítreo reflejo de dos ojos le atravesaron las entrañas. Esa fugaz mirada refulgió unas décimas de segundo, tiempo más que de sobra para comprender que estaba perdido. Aquello de lo que huía no tardaría mucho en llegar al cobertizo y la carcomida madera de éste no le supondría grandes dificultades.

Capítulo seis. La gente trepa. Cruza el Rubicón. Te pisa y sigue avanzando sin mirar atrás. Medios de ~~manipulación~~ comunicación lo constatan. ~~No~~ lo contrastan. Comenzar a tachar es sólo el principio para comprender. Todos aceptamos. Pateras de mentiras inundan la costa de nuestra tranquilidad con la marea alta. Desvirtúan el centro y se pierden por las ramas de árboles caídos. No hay papeles pero hay plomo. El oro también se pudre y la Miel también amarga, sólo es cuestión de cambiar lo que la commonwealth llama *capital* por otra que no haga ruido, por otra muda (H). El oro también se pudre y la ~~M~~Hiel también es dulce.

El tacto afilado del cristal que blandía a modo de arma le imprimió una inyección de adrenalina esclarecedora. Recordó la estampa que había vivido hacía apenas unos minutos en un lugar como éste. Aquello de lo que huía, cubierto con un penacho canoso, plateado, había desgarrado la garganta de esa pobre mujer de un solo tajo. Ella se llevó las manos al cuello en vanos intentos por contener la hemorragia. Trató de decir algo pero sólo consiguió emitir una serie de gemidos guturales. No hubo últimas palabras, simplemente estertores. De pronto cayó en la cuenta. Él la conocía. Sabía quién era. Esa beldad con cuerpo femenino no era otra que la encarnación humana de la Esperanza. Virtud teologal para algunos. Sentimiento animoso para otros. Pero, al fin y

al cabo, pieza clave para el devenir de toda la humanidad. Aquello de lo que huía había acabado para siempre, y de forma irrecuperable, con la Esperanza de los hombres.

Capítulo Cinco. Una nueva noticia = dos nuevas falacias. Diez emisiones inaugurales = cien clausuras embusteras. Yo te creo. Ser feliz es cuestión de creer o no las mentiras que respiramos. Todo son cambios de última hora. Suena un móvil. Si emens o Eric son los nombres, no kiæro imaginar cuál será el motor o la llave del futuro sonydo de esa gente. Están ocultos en nosotros. Suena un móvil: Alarma. Mensaje. Llamada. Prisa. El ritual consiste ahora en quitar los órganos vitales de las palabras. Sus letras. Mis letras. Incomunicarnos. Dejar de oír voces a cambio “d txts corrrpts”. Ciento sesenta caracteres = mil personas aisladas en sí mismos y doce teclas iluminadas. Yo te creo. Ser feliz es cuestión de saber leer o no las mentiras que enviamos. Suena un móvil. Es el tuyo.

Aferrado al fragmento de cristal, que cogió de una de las ventanas rotas del cobertizo, trató de no perder la cabeza en aquella oscuridad. Imprimió tanta fuerza que el filo de vidrio se incrustó en la palma de su mano. Ajeno al dolor, se concentró en cómo debía actuar. Quería pagar a ese animal con la misma moneda. «Justicia» pensó. Era morir o matar. Plantado frente a la puerta. Esperando el embate en cualquier momento. Su mente visualizó la forma de desgarrar la garganta de Aquello de lo que huía. No lo dejaría hablar. Esperó sin hacer ruido. Silencio. El ataque llegó desde arriba. El techó se hundió sobre Él y cuando se levantó, ante sus ojos apareció la más espeluznante de las visiones: un familiar penacho de pelo grisáceo teñido de rojo muerte. Un Lobohombre.

Capítulo Cuatro. El vuelo tres seis cuatro, a un día del último día, sale a las doce pero a las once todo termina. No habrá más aviones. Sólo humo y restos de vehículos. No hay más vuelos. Sólo humo y conmoción. Y ansiedad. Y laceraciones del creer. Humo y dolor. Humo y miedo. La voz de megafonía anuncia que algo en mí ha muerto. He vuelto a perder sin llegar a apostar. Me han vuelto a obligar a dejar de sentir. Tal vez ganen silencios pero mi ausencia de voz sigue cargada de palabras. Y cada palabra es una mano blanca entrelazada con otra. Y cada mano un sueño. Y cada sueño una grito de avenencia. Sin rendición, sin humo, sin conmoción, sin ansiedad, sin dolor, sin

miedo. Sin voces de megafonía que anuncien muertes. Tan sólo tres letras en oposición a otras tres. Tan sólo P A Z.

Todo ocurrió en una fracción de segundo. Un solo golpe a la altura del hioides, en la garganta, fue más que suficiente. Aquello de lo que huía estaba muerto. El sentimiento contradictorio invadió su mente de nuevo. La sangre se extendió implacable por el piso de la cabaña acercándose a Él como riadas de manos suplicantes de ayuda. Con la respiración entrecortada dejó caer el fragmento de cristal al suelo. Aquel ser yacía de costado y el penacho gris de Lobo hombre lo cubría por completo ocultando sus facciones. No se había defendido. Seguramente le pilló por sorpresa la respuesta de su adversario. Él se sentía extraño, vacío. Acuclillado apoyó sus dedos sobre la pelambreira plateada que cubría la cabeza del ser y la retiró con suavidad. Quería verle el rostro. No comprendía por qué pero necesitaba cerciorarse de haber obrado con ecuanimidad. «Matar o morir» se repitió.

Capítulo Tres. Esperar de los demás. Ése es el problema. Yo sólo espero que los demás no esperen nada de mí y por eso me decepcionan. Y por eso los decepciono. No opino como ellos... Mal. Opino igual que ellos... Peor. Posicionarte en un lado es equivocarte tanto como en otro lugar aposicionado. Conjeturas que dicen quién es culpable y por qué no hay respuesta. Ataques y destapes por un lema mientras mi memoria olvida cómo recordar a los que ya no están entre nosotros. Está de moda ir en contra de las modas. Opino igual que nadie para no tener que esperar la decepción que significa estar de moda. No hay pañuelos sin clines, vaqueros sin yins y música sin cedés. Pero soy yo el que comete las faltas, ortográficas o no, pero **faltas... ausencias** de personalidad.

Aún de cuclillas Él retiró la capucha y contempló el resultado de su justicia. Algo le impresionó sobremanera. Tanto que le hizo perder el equilibrio y no pudo evitar caer de rodillas. Sin apartar la vista se incorporó de nuevo y retrocedió hasta la entrada. El aire gélido del exterior le golpeó la espalda cuando abrió la puerta sin mirar. No podía creer lo que veía. No lograba apartar los ojos de aquel espectáculo grotesco. Aterrado salió corriendo del cobertizo. Sin pensárselo dos veces, Él se introdujo de nuevo en el maizal.

Capítulo dos: He visto cómo cambian de color y logotipo las personas vacías por dentro. He visto cuerpos sin almas y almas en busca de cuerpos. He visto cine español que se esfuerzan torpemente en llamar cine y he visto películas de culto que la crítica se empeña en quitar la t (culto) para dar por ello. Meter el dedo en el ojo, discutir, faltar al respeto o exigirlo sin ganárselo ocurre tan a menudo que herir los sentimientos de las personas se ha convertido en un acto social. Común, costumbrista y terruñero. He visto cómo cambian de color y logotipo las películas sin alma de las personas que meten el dedo en el ojo, discuten, faltan al respeto o lo exigen sin ganárselo. Todo es cuestión de la época del año y de la chaqueta que llevemos puesta. He visto tantas cosas... yo, precisamente yo que sigo ciego.

Indolente, atravesó el maizal abriéndose paso entre la afilada hojarasca con las manos ensangrentadas. No importaba. Ya nada tenía valor porque nadie jamás le creería. Lo había visto todo. Ellas estaban muertas. Un sentimiento contradictorio ~~subió~~ aclaró su mente empujándole a correr y ~~no pensar~~ recordar. La ropa se rasgó a su avance como si garras de funesto vegetal trataran de arrancársela en jirones. Tal y como ocurrió la primera vez, cuando perdió el penacho plateado y grisáceo de Lobohombre que vestía al comenzar todo. No conseguía borrar de su cabeza los ojos de Aquello de lo que huía. Los ojos de La Esperanza. ~~Esas~~ Las pupilas de animal que le penetraron en el preciso instante en que ocurrió, eran la imagen de su propia ~~rostro en la~~ mirada reflejada en los fragmentos de ventana rota que había en el suelo del cobertizo. Una especie de aparición hirsuta, ~~persistía~~ que ahora reconocía con macabra crueldad. Él era ese ser.

Capítulo uno: Me duele la cabeza. Tengo sueño pero no consigo dormir. Viajo en metro rodeado de gente que desconozco y no sé si quiero conocer. Vivo junto a una puerta a la que apenas jamás he llamado. Veo a diario decenas de personas esperando mi mismo autobús, bajándose en mi parada y compartiendo mis asientos pero nunca me dicen nada porque yo no las hablo. Conversaciones, tráfico, frenazos, móviles, el zumbido del motor, música apagada de un mp3 persistente en los oídos de otro sordo. Como yo, ya que por más que oiga no consigo escuchar ni una sola palabra de quienes me rodean en el metro, del otro lado de la puerta que no llamo, de las decenas de

personas que comparten mi autobús. Estoy sordo ya que nunca les digo nada porque ellos no me hablan. Existo aislado tras un muro de personas.

Dio unos pasos tambaleantes. Desorientado. A menos de noventa metros volvió a distinguir un pequeño cobertizo semiderruido que determinaba el centro exacto de la plantación. Equidistante de ningún sitio y a medio camino de todas partes. Cuando enfiló el angosto sendero hacia la puerta tomó conciencia de que había corrido de nuevo en círculo. Al igual que la vez anterior. Estaba prácticamente desnudo. Sin abrigo y empapado, ya que no había recuperado su penacho cuando lo dejó tras de sí al asesinar instintivamente a la Esperanza de la humanidad. No podía detenerse. Quería comprender. Un sonido a su espalda confirmó toda sospecha. Aquello de lo que huía, ese ser antinatural e infrahumano estaba cada vez más cerca. Por supuesto, porque esa alimaña era Él mismo. Sintió cómo los tallos de maíz crujían en algún lugar no muy lejano. Bajó la vista y observó cómo el sonido procedía de sus pisadas sobre los maizales que quebró la primera vez. El aire se impregnó del hedor dulce de la muerte. Era el aroma acre que desprendían sus manos manchadas de sangre.

Prólogo. Cuando comprendes a veces preferirás haber muerto en la ignorancia. Tengo miedo de conocerme a mí mismo y descubrir que soy aquello que temo ser.

Empujó con todas sus fuerzas la pesada puerta de madera putrefacta. Una vez abierta, la luz bañó toda la estancia. Apenas unos segundos fueron suficientes. ~~En el preciso instante en que encajaba el portón,~~ Algo llamó su atención ~~a través de la delgada abertura~~ al otro lado de la cabaña, en un rincón, encontró el cuerpo inerte de la Esperanza, en el mismo lugar donde la había asesinado antes de salir huyendo de sí mismo.

Introducción: Tachar algunas palabras. Eliminarlas directamente. Sustituir algunas otras por las correctas puede convertir una discusión en reconciliación. Un desacuerdo en un pacto. La más hermosa de las mentiras en la más incómoda de las verdades. Tachar es el principio. Sustituir es el siguiente paso.

El afilado cristal que dejó caer al suelo permanecía junto al segundo cuerpo, todavía tapado con su pelambrea de Lobohombre. Recordó la estampa que había vivido hacía apenas unos minutos en este lugar. Aquello de lo que huía: Él, cubierto con su penacho canoso, plateado, le había desgarrado la garganta. Recordó cómo Ella se llevó las manos al cuello en vanos intentos por decir algo. No hubo últimas palabras, aunque Él las podía oír sin necesidad de que Ella las pronunciase. —“Soy la Esperanza... Acabas de asesinar una pieza clave para el devenir de toda la humanidad”—. Él había acabado para siempre, y de forma irrecuperable, con la Esperanza de los hombres.

Observando el fragmento de cristal junto al segundo cadáver trató de no perder la cabeza. Ajeno al dolor, se concentró en lo que había ocurrido. Había querido pagar a ese animal con la misma moneda. «Justicia» llegó a pensar. Era morir o matar. Pero no comprendía que Él era esa alimaña. Cuando salió corriendo tras asesinar la Esperanza perdió el penacho de Lobohombre que ahora cubría el segundo cuerpo. Permaneció sin hacer ruido. Silencio. Recordó cómo lo que creyó era un ataque llegó desde arriba. Pero es que para creer levantamos la vista al cielo. Volvió a su memoria cómo el techo se había hundido sobre Él. Cómo cuando se levantó, ante sus ojos había aparecido la más espeluznante de las visiones: su penacho de pelo grisáceo teñido con la sangre de la Esperanza. Su coraza Lobohombre cubriendo el cuerpo de la Fe.

Índice:

- Cap. Uno. Nos ocultamos bajo aspectos feroces, humanos disfrazados de infrahumanos. Yo también vivo disfrazado.
- Cap. Dos. Definimos a los demás bajo nuestra visión sin querer ver que los otros también nos definen. Y sin embargo me siento solo.
- Cap. Tres. Pisamos a los que nos pisan caminando sobre cimientos hechos de personas pisadas. Yo también soy cimiento.
- Cap. Cuatro. Aislados sin dar la cara en mensajes homicidas de la palabra. Yo también tengo móvil.
- Cap. Cinco. Podrán asesinarnos, pero no derrumbar las cadenas hechas con manos blancas. Yo también he muerto.
- Cap. Seis. Esperamos, llevados por la corriente creemos ser originales por imitar. Yo también me plagio.

Cap. Siete: Herir a los demás se ha convertido en un acto social. Yo también soy sociable.

Epílogo: Vivir rodeado de semejantes es estar con otros que tampoco te hablan. Yo también viajo en metro.

Prólogo e Introducción: Otra forma de comprender un cuento tan rebuscado. Yo tampoco lo comprendo.

Todo se esclareció en una fracción de segundo. Un solo golpe a la altura del hioides, en la garganta, había sido más que suficiente para acabar con la otra beldad femenina. El sentimiento contradictorio invadió su mente de nuevo porque había asesinado a la Fe de la humanidad. Aquel ente, aquel conjunto de credos personales yacía ahora muerto. El penacho gris de Lobohombre que la Fe había recogido de camino al encuentro con el ser humano. Aquella capa que Ella se había colocado con la intención de poder aproximarse más al hombre al llevar su propia indumentaria, al parecerse más a él, a nosotros. Aquella pelambarrera hirsuta que la Fe quiso vestir para llegar a las personas le servía ahora de sudario. No se había defendido porque no tenía por qué temer. Por supuesto que le pilló por sorpresa la respuesta de su adversario. Porque Ella no esperaba nada adverso. Y por eso Él ahora se sentía extraño, vacío. Con la respiración entrecortada se dejó caer al suelo. Acucillado apoyó sus dedos sobre el rostro de la Fe y lo acarició con suavidad. Él había estado huyendo de su propio reflejo. El hombre que temía al hombre acabó con su Esperanza y más tarde asesinó su Fe al intentar librarse de sí mismo.

Nota del Autor.

El mayor miedo del hombre es el temor a sentir. A quitarnos la coraza y que nos descubran de verdad. No aceptamos que el modo en que el resto nos ve forma parte de cómo somos realmente.

Aún de cuclillas Él retiró la capucha y contempló el resultado de su justicia. Algo le impresionó sobremanera. Aquello de lo que huía era el ser humano disfrazado de bestia. Era Él disfrazado de asesino. Era Él disfrazado de él. La sorpresa fue tal que le hizo perder el equilibrio y no pudo evitar caer de rodillas, como es costumbre en un acto de Fe. Orante en genuflexión. Sin apartar la vista se incorporó de nuevo y retrocedió hasta la entrada. Esta vez el aire gélido del exterior no significó nada. No podía creer lo que veía. No lograba apartar los ojos de aquel espectáculo grotesco. No podía admitir que

Él, como cualquier otro hombre, temió encontrarse a sí mismo. Temió ser lo que fingía ser por protección. Sus actos le habían conducido a perder toda Esperanza. A perder la Fe. Aquello de lo que huía no eran sino los valores que convierten al Lobohombre en humano. Él había terminado con Ellas para siempre. El había arrebatado a las personas la oportunidad de creer y esperar. Aterrado, como siempre, llevado por el miedo a sentir salió corriendo del cobertizo. Sin pensárselo dos veces, Él se introdujo de nuevo en el maizal.

Título: El miedo.

Rafael Negrete